

## CIUDAD, FICCIÓN Y NARRATIVA, ENTRE LA IMAGINACIÓN SOCIAL Y EL SENTIDO JUVENIL

Cristian Javier Sánchez Sánchez

[cjsanchezs@correo.udistrital.edu.co](mailto:cjsanchezs@correo.udistrital.edu.co)

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Recepción: 15.10.2022

Aceptación: 20.11.2022

DOI: <https://doi.org/10.15765/pdv.v13i20.3463>

### Cite este artículo como

Sánchez Sánchez, C. (2022). Ciudad, ficción y narrativa, entre la imaginación social y el sentido juvenil. *Punto De Vista*, 13(20), 179–189. <https://doi.org/10.15765/pdv.v13i20.3463>

## INTRODUCCIÓN

El texto tiene como propósito presentar un análisis discursivo en clave de imaginación social cotidiana, donde el relato ficcional configura disposiciones de apertura creativa. Mediante el uso del software ATLAS.ti, versión 9, se construye una red semántica a partir de tres relatos publicados en el libro *Bogotá en 100 palabras*. Así las cosas, se evidencia el carácter narrativo de la urbe capitalina y su correlación con los imaginarios y las ficciones que permiten la construcción lingüística de la ciudad; se recalca un espacio cotidiano altamente cargado de utopías que acogen a los jóvenes y a sus sentidos del lugar. Finalmente se proponen tres ejes interpretativos de Bogotá para comprenderla como el relato que se imbuje de imaginarios y de ficciones.

Las ciudades se presentan en sus formas imaginarias a la manera de entramados socializados de interacción. Tienen, en palabras más concretas, un alto componente de figuras intangibles que circunscriben y trazan sus campos de visibilidad y de negación ulteriores. La multiplicidad y la polivalencia son los baluartes en cuya dinámica se emplazan las proyecciones, el pasado y la atención focalizada en el presente. Una lógica temporal tripartita y entrecruzada se cierne sobre la urbe.

Entre el discurso y la imaginación media el mundo simbólico; hay una apertura a la heterogeneidad, un confín de sedimentaciones que se inmiscuyen en el trasegar cotidiano. Si el exceso de sentido asiste a la fuga de su entendimiento, es preciso volver la mirada hacia los filamentos elocutivos donde se ocultan las oportunidades de ser, de hacer y de habitar.

Atendiendo a esta necesidad de intelección, por la relevancia inusitada de los análisis vivenciales y narrativos, se incorporan elementos que resultan de gran valía para ejercicios posteriores de interpretación. Concomitantemente, situarse en el plano lingüístico funge como un requerimiento procedimental, a la espera de resultados que impliquen rigor y hondura. Si la dimensión eidética de la experiencia, localizada en medio de la voluntad y la involuntad, es uno de los pivotes a partir de los cuales se erige la vida ciudadana contemporánea, el lenguaje no es más que su expresión orientada a la cultura y al registro textual.

Por tal razón, el discurso revela a las instituciones y a los sujetos; su ubicación histórica concurre a los vicios y a las ganancias reivindicativas de la memoria grupal. Éste es más embrollado cuanto menos fuerza referencial acopia de la comunicación. Pero en tanto que producto social no requiere de esencialismos ni de veleidades que

le aseguren un lugar prominente en las situaciones urbanas. Se trata de hallar tanto en él como en el pasado una apertura al trastocamiento de los hechos, donde, reconociendo las circunstancias del empleo crítico de las cavilaciones, se genera lo imaginario (Ricoeur, 2002). Con lo que acaba de mencionarse no se quiere dar a entender que la solución se encuentra en los nominalismos comprensivos, sino en la estela de oportunidades investigativas que se abre ante los intentos que escudriñan el sentido, en una *aletheia* que recupera los acontecimientos bajo el rasero de la orientación simbólica.

Buenaventura (1995) mencionó que la vida social es una trama, es lúdica; de manera que hay que dar cuenta de las acciones de agenciamiento en las que se concatenan la inteligencia narrativa, que está más cerca de la sabiduría práctica y del juicio moral, y los jóvenes entendidos como actores que tienen capacidad de influencia en el marcaje imaginario de los lugares, que son dispositivos simbólicos (Castiblanco, 2006). Así las cosas, éstos se correlacionan con las figuras sociales inscriptas en la interacción, el sentido, en cuya dinámica se presentan apuestas ontológicas de innovación. No existe acción sin imaginación, sin ensayo del poder de hacer (Ricoeur, 2002).

Una vez dicho lo anterior, se arguye que la ciudad es una realidad cercana y lejana, es somática y también es imagen. Para su comprensión hermenéutica no hay que incurrir en lo que Ricoeur (1997) elucidó como el primer callejón sin salida de la oposición entre el comprender y el explicar, a saber, la identificación del sentido con la intención, con el psiquismo, lo que pone sus constructos teoréticos en la misma línea epistemológica ya mencionada.

Ir más allá del subjetivismo, lamentablemente reducido a mera esterilidad indagatoria por las facciones estructuralistas de las ciencias sociales, supone una serie de planteamientos que discurren sobre los mismos fundamentos socio-históricos de la sociabilidad. Por lo tanto, el propósito de este escrito es presentar un análisis discursivo en clave de imaginación social cotidiana, donde el relato ficcional configura disposiciones de apertura creativa.

Alcanzar dicho objetivo requiere de una partición lógica. Y en esos términos, el presente texto se divide en cuatro apartados. En el primero se expondrá el corpus discursivo como punto de entrada a la reflexión. Después se evidenciará, inmediatamente, la red semántica que expresa una transversalidad categorial. De allí emergerá el desglose del examen ponderado del imaginario urbano y, por último, se presentarán conclusiones a la manera de nichos abiertos y proyectivos para el estudio narrativo y vivencial de la urbe. La mirada interdisciplinaria le confiere identidad a este trabajo, pero sólo en lo que concierne a su naturaleza cautiva, contingente, embrollada.

## EL DESPLIEGUE DISCURSIVO, CORPUS FICCIONAL CON SELLO COTIDIANO

Ontología y desproporción, donde reposan los límites entre lo finito y lo infinito, son inmanentes al discurso, pues al interpolarse con referencias pragmáticas, se hace de enunciados. Éstos tienen una cara social; expresan un campo de fuerzas y una pugna por la refiguración del mundo, de la ciudad. Hacen parte de los textos, que son el resultado de occidente, de las antípodas de las lecturas exegéticas y de su aplicación a la cotidianidad. Dicho de otra forma, el discurso cristaliza a la cultura; en él cobra validez la aseveración que ratifica que en el tiempo.

Rara vez se expone que en esa concordancia discordante que es el relato se entrama el discurso escrito como una construcción reelaborada de la vida (Martínez, 2001). Esto lo ubica como un “[...] hacer-decir social aprehensible en la interacción comunicativa, que tiene la potencialidad de materializar y movilizar la diversidad de formas de representar la realidad” (Pardo, 2013, p. 45).

Aquí es donde se asegura que el corpus es un reto, porque inquiera acerca de formas coherentes y consecuentes de encadenamiento, de imaginación de mundos probables en virtud de su constitución instituyente. Así, en seguida se muestra el cuerpo de relatos de índole ficcional que tres jóvenes de Bogotá construyeron, teniendo por fundamento un substrato indeterminado de hechos de una realidad con atisbos sociales imaginativos indiscutibles.

### Imagen 1. Corpus de relatos juveniles

#### 1. Melodía nocturna

Se acercaba la medianoche y caminaba con tranquilidad por el centro de Bogotá. Creyó que no sería una buena idea debido a la hora, pero al notar la tranquilidad que reinaba por las calles supo que se había equivocado. Pasaba junto a la estación de transmilenio de Las Aguas cuando la escuchó. Una suave melodía bajaba de una calle, evocando sus momentos más felices. Siguiendo un impulso, continuó el camino por el que el volumen ascendía, y al encontrar la casa de la que salía la canción, se decidió a cruzar la puerta para no volver a salir jamás.

Gisell Acosta Duarte 17 años Engativá

#### 2. Resonancia

Zona T, carrera Séptima, luego carrera Tercera, paramos en un mirador hacia La Calera, nos ubicamos uno junto al otro mirando hacia la gran inmensidad de aquella ciudad de fondo. Me siento a contemplarlo todo, mi vista nublada por nuestro aliento aterido, volteo a mirar hacia él, su serenidad. Mi mirada atrae la suya, se cruzan como si nunca lo hubiesen hecho, sus labios rozan los míos, aquella parte de mi cuerpo es la más sensible, la que me conecta con él. Y sin darnos cuenta, nos habíamos exhibido ante toda aquella ciudad para que juzgasen nuestros pecados.

Julián David Ríos Bravo 16 años Engativá

#### 3. El precio de la humildad

Un día tranquilo de trabajo, cerca al centro de Bogotá, la mercancía estaba saliendo fresca y, como siempre, se vendía como pan caliente. A los jóvenes de la universidad les gusta mucho mi mercancía; esto siempre genera alegría, ya que mi familia se alimenta por mi trabajo. Pero después llegaron ellos, me colocaron las esposas, me leyeron mis derechos y después de tumbar toda la mercancía y arrastrarla por el piso me metieron a la patrulla. Cuando pregunté los cargos por los cuales me arrestaron, el auxiliar de policía solo me dijo que vender fruta en la calle estaba prohibido.

Jhon Sebastián Gutiérrez 17 años Usme

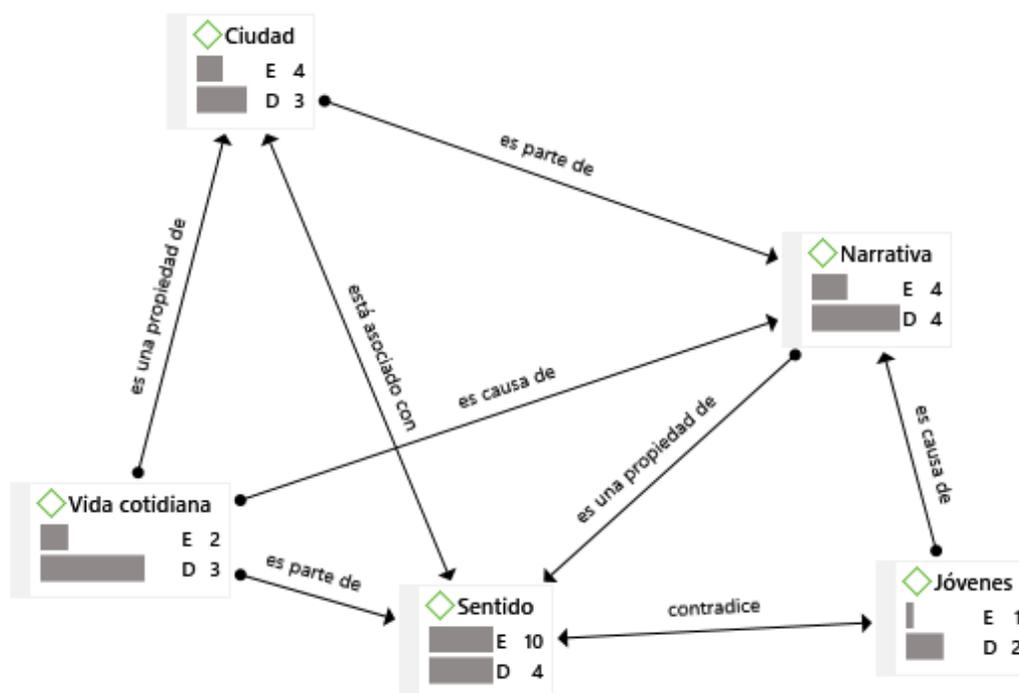
Fuente: *Bogotá en 100 palabras*, Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, BIBLORED (2017).

## ENTRELAZADO SEMÁNTICO. CONCATENACIONES CON ORIENTACIÓN HACIA LA VISIBILIDAD JUVENIL EMERGENTE

Los discursos tienen significación. Incorporan el plano interactivo urbano y el de la capacidad de acción que acaparan sus agentes juveniles en la edificación de su mundo simbólico circundante. Se marca el espacio de manera radical en la adolescencia y, en las disquisiciones propias de este instante vital, la imaginación inicia el ciclo fecundo de la creación discordante. Este es un proceso que se asienta entre lo instituido, como repetición y mantenimiento en la historia, y lo instituyente, donde hay posibilidad de ingenio, de sagacidad.

Atendiendo al llamado que hizo Pardo (2013) sobre la importancia de la interpretación de los hechos sociales en el discurso, cuyo resultado da cabida al corpus, que procede de formas naturales del uso de la lengua, una categorización de los elementos más relevantes se reviste con la semántica. Es preciso recordar que aquella tiene una fuerza referencial (Ricoeur, 2002); una potencia de dilucidación reclama valía y espacio de posibilidad.

Imagen 2. Red semántica de análisis



Fuente: Elaboración propia, usando el software ATLAS.ti versión 9 y relatos de *Bogotá en 100 palabras*, Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, BIBLORED (2017).

Es evidente la aparición preponderante del sentido a lo largo del corpus, concitando relaciones multívocas entre los cinco ejes; hay un apuntalamiento marcado en la dirección de ésta categoría. Así las cosas, pueden presentarse vínculos de incorporación, como la ciudad-narrativa y vida cotidiana-sentido; urdimbres de codependencia, explicitados en la ilación entre vida cotidiana-ciudad y narrativa-sentido; amalgamas de causalidad entre vida cotidiana-narrativa y jóvenes-narrativa; entramados de asociación, cuya concordancia estriba entre la ciudad y el sentido; y ligazones de contradicción, dado que en los relatos el sentido es la contrapartida de los jóvenes, y viceversa.

Cabe mencionar que, más allá de la densidad de los conceptos, de ocho relaciones totales cuatro apuntan hacia el sentido, un 50 %; tres hacia la narrativa, es decir un 37,5 %; dos a la ciudad, un 25 %; una se encuentra con los jóvenes, un 12,5 %, y la vida cotidiana no tiene correspondencias que se dirijan hacia ella, pero sí varias que se orientan en razón de otros ejes como sentido, narrativa y ciudad, respectivamente. Todo esto lleva a una serie de cavilaciones, que cualitativamente configuran un armazón relacional de imaginarios sociales urbanos. Por tal razón en lo que sigue de desplegarán tanto las generalidades transversales a los relatos, como las especificidades analíticas en cada uno de ellos.

## ESPACIO, IMAGINACIÓN Y COTIDIANEIDAD. NARRACIONES FICCIONALES EN LA TRAMA URBANA

Al tomar en cuenta las relaciones que convergen en los ejes se recalca que éstos son de una participación considerable en los relatos. No se trata de establecer un desdén en cuanto a los puntos de comprensión que dimanen de cada categoría. Más bien, si aquí hallan asidero interpretativo las vinculaciones que se orientan hacia los conceptos, cuyas mediaciones son la consecuencia de un ejercicio de entrecruzamiento pre-reflexivo, encuentran pertinencia las siguientes aseveraciones, presentadas en clave de interpenetración entre el imaginario y el discurso narrativo de corte ficcional. En primer lugar la importancia de la narrativa en la consolidación de las vivencias cotidianas. Luego, el papel de la imaginación social en la circunscripción simbólica de la urbe y, por

último, la ficción como contribución insoslayable a la realidad, socavando de este modo los límites antinómicos que se dan por supuestos a la hora de mirar a la ciudad. Estos tres aspectos son transversales a los relatos presentados en la primera imagen, son su andamiaje general; responden al hecho de que “[...] la acción tomada como eje de referencia de las ciencias sociales requiere de una precomprensión comparable a la utilizada en la comprensión de textos” (Ricoeur, 2013, p. 64).

Hay que sumarle a lo dicho la importancia que reviste la legibilidad de la acción; articulada en significaciones es un hecho del hombre significante; una capacidad de afectación que se cierne y subyace a los juegos del lenguaje y a la lúdica social instituida. Las historias se cuentan, se narrativizan, en virtud de la experiencia en donde priman las cualidades del símbolo, del deseo y de la pulsión. Una capacidad pre-narrativa se yergue sobre la vida cotidiana (Ricoeur, 2006), y la mistificación del orden societario se elucida por medio del lenguaje poético, el cual despliega un poder de afirmación, desdobra el sentido y problematiza los referentes discursivos (Ricoeur, 2002). Así, el tiempo se hace humano en la narración, es decir que se solaza el actuar en la medida en que las alocuciones evidencian un deber, un desear y un haber.

Si la narrativa proviene de técnicas de observación, de articulación y de condensación que se invisten de un aumento icónico, la ciudad es, en los tres relatos, un objeto de realidad insuflada, dinámica, que recoge tanto las aspiraciones como las utopías de sus cuerpos juveniles. Constantemente, se adosan el juego narrativo y el pragmático, haciendo coincidir sus elementos con los núcleos primordiales de la significación. De la experiencia urbana surgen relatos que tienen por piedra de toque la incertidumbre, el asombro y la rutina. Pero, asimismo, allí ponen su sello característico las proscipciones y las proyecciones realizadas en el marco de una vida cotidiana con altos índices de naturalidad, de transparencia.

Por su parte, la imaginación, al ser un proceso más que un estado (Ricoeur, 2002), sin obviar que sus aporías son facultativas de un pensamiento de la realidad en términos de proyecto, pone sobre la opacidad característica de la situación fortuita de la secularización diacrónica del sistema social latinoamericano la capa visible de los sentidos que se agolpan y se requieren recíprocamente, que se encauzan hacia el encuentro.

Entre la producción y la reproducción imaginarias se reconoce una alteridad fundamental; el descubrimiento de lo diferente, de lo que está cercenado por la legalidad inmanente a la estipulación jurídico-simbólica del orden societal, se incluye en los relatos que se endilgan a la ciudad. Asimismo, hay cabida a la transgresión, a la puesta entre paréntesis del vigor parsimonioso con que se arropan los agentes que se representan a sí mismos como los mejor investidos de las posibilidades de apropiación de los equipamientos y los nombres urbanos. Para los adolescentes el sentido se vislumbra como una emancipación de los mundos adultos instituidos.

En otras palabras, en el acontecimiento social que es el recuerdo, donde, en su especificidad reanimada, que gesta la reestructuración de los campos semánticos, el imaginario se liga con el deseo, con el lenguaje y con la reverberación altisonante del fenómeno urbano. Las imágenes poseen una carga lingüística sempiterna. Por tanto, en las narrativas se encuentran tres significaciones centrales, a saber, la opacidad melódica, la resonancia transgresora y la prohibición de la potencia de actuar.

La iconicidad de la urbe asiente a la apertura de la innovación que conculca la moral; pero al mismo tiempo arraiga las capas sedimentarias de la tradición en el pensamiento y en la acción. Dado que esta configuración visual acopia espesuras ambivalentes de sentido, se recalca que ella ubica a este trabajo en la misma posición hermenéutica de Ricoeur (2002), pues el imaginario juega en dos direcciones. En la integración, la repetición y el reflejo, y en la errancia.

La imaginación es un libre juego de posibilidades en estado de no compromiso, de nuevas maneras de estar en el mundo; tiene una fuerza heurística. En la ciudad esto se expresa en la obliteración de su carácter reticular, euclidiano, para definir sus significados en mutua codependencia con preceptos que se hallan por encima y por debajo de la facticidad material. Los rasgos de una cultura dual, en la que la magia está a flor de piel, en la porosidad integradora de su ciencia (Buenaventura, 1995), se pone junto a la narrativa de la experiencia. Se agrega, entonces, que “[...] el papel último de la imagen no es solo difundir el sentido de diversos campos sensoriales, sino suspender el significado en la atmósfera neutralizada, en el elemento de la ficción” (Ricoeur,

2002, p. 203). Y en el vértigo de esta dinámica el magma de significaciones imaginarias de la ciudad se emplaza en la incertidumbre y en la agresividad pero, al mismo tiempo, en las búsquedas asiduas por la comodidad, por la complacencia que suscitan el andar y el habitar.

Basta con otear lo dicho hasta ahora para atisbar una relación silogística entre la narrativa y el imaginario. No obstante, si no se ha mencionado la tercera parte de esta figura, es indispensable hacerse un esquema de tres partes, en cuyo pináculo la imaginación plasma un horizonte pluridimensional de posibilidades de comprensión. En efecto, es la ficcionalidad la que termina de cerrar el círculo, de movimiento sinusoidal, que constituye la puerta de entrada a la lectura textual de la ciudad.

Ficción y vida cotidiana se entrecruzan. En los litigios por el sentido urbano los jóvenes crean referencias segundas, otras posibilidades de marcar los lugares; y de este proceso la literatura no es un mero aditamento. La obcecada trama intertextual de la ciudad engendra significados en tanto que la mimesis de la acción acrisola la simbolización del mundo en la gama desperdigada de la recepción lectora. El relato ficcional es el resultado de un compendio de experiencias indexicales cuyo referente inmediato es la vitalidad orgánica experiencial y, a su vez, delimita el terreno abonado para la imaginación.

Un campo real de la práctica es el leitmotiv de los cielos ficticios que reflejan las cristalizaciones herméticas del cosmos metropolitano. Pero es preciso ver en esta fuerza imageante y vigorosa una comprensión de sí (Ricoeur, 1997), no para motejar de ignorancia subjetivista a los objetos y los sujetos que coparticipan de la condición urbanita, sino para esclarecer el oscuro velo de la indeterminación que se pone entre quienes propenden por los trazados distantes a la percepción, y aquellos que se muestran renuentes al diseño y a la planificación de raigambre cientifista, como se da en el urbanismo.

Dicho sea de paso, este último nodo relacional recrea de una manera crítica las simbolizaciones que se ubican en el campo real de la práctica (Ricoeur, 1997); contribuye a hacer de la vida una vida humana y redescubre la acción; engendra el plano de la actuación intersubjetiva (Ricoeur, 2002). Narrativa, imaginación y ficción empujan, desde la cotidianeidad, las pulsiones juveniles por los derroteros de la fluctuación, tratando por un lado de cimentar un orden transmutable, y por otro, instituyendo el ápice de la integración compleja de las circunstancias que se presentan a la vista como transgresoras de la estabilidad, del continuum social reificado. En seguida, se desglosan las particularidades que subyacen a cada uno de los relatos citados, teniendo presente la red expuesta en la segunda imagen, no con el propósito de inquirir exhaustivamente el sentido, que ya se vio como el punto más asiduo de confluencia categórica, sino para adentrarse con cautela en la elaboración refigurada de la práctica que ponen los y las jóvenes sobre la palestra literaria.

### Opacidad, deseo e indagación, el trasegar como práctica que configura utopías

Impulso, pérdida en un maremágnum colosal, tranquilidad y evocación son las palabras que se encarnan en el primer relato. Sin embargo, en sus intersticios, en la aparente univocidad de sus gradaciones intercaladas, hay, sin visos de vacuidad, una yuxtaposición entre el deseo y el arquetipo, un nexo que se edifica bajo el rasero del símbolo. Cuando se afirma que la acción es un texto, al modo de una hermenéutica exegética que incurre en aperturas, en desbordamientos, el proyecto utópico aflora desde la profundidad incomprendida de la quietud y del vaciamiento contemporáneo infundidos sobre las ciudades.

La subversión juvenil es el no lugar de la espacialidad instaurada por el establecimiento y las lógicas reproductoras del sentido. Hacer contrapunto al universo signado por las orientaciones volitivas de los adultos requiere de una imaginación imbricada en las figuras de los tropos; denunciar las peripecias que se avizoran al instante de acudir al llamado de la felicidad, es una de las columnas fundantes de la estructura multiforme de la imagen, de un armazón variopinto que se lastra con el recuerdo.

Asir la utopía es un acto que despliega aperturas. En esta tarea el relato ficcional hace una referencia indirecta, sutil, metafórica (Ricoeur, 1997). Se integran múltiples temporalidades en la ficción; su doble valencia, su direccionalidad a ninguna parte, su nuevo efecto de referencia, resignifican a la realidad. La renovación de la mirada se incorpora en el campo de posibilidad social en contra de la conminación del deseo. Paralelamente,

junto con estos puntos intangibles, la urbe es experimentada en el relato como una ascensión sonora y pulsional. Aquí hay que mencionar la función que tiende a controlar y a reprimir al representante psíquico de lo somático, pero sin alcanzar dicha empresa en tanto que no cuenta con los diques suficientes para adentrarse hasta lo más recóndito de lo que es probable, de lo que se sueña.

Para Castoriadis (1994) el tiempo humano es un acto de creación-destrucción, lo cual no contradice el hecho de que los jóvenes salgan al encuentro del peligro, de la remembranza, siempre y cuando ello implique un volver a la comodidad, a la puesta en suspenso de los vejámenes en que los ubican las actuales preocupaciones por la existencia. En la oscuridad indagatoria yace una ambición por encontrar asideros de reconocimiento. Garantizando el carácter discrepante de sus expectativas con relación a lo que se pretende tornar inamovible, en el trasegar cotidiano los adolescentes emplean estrategias que se encabalgan en la pérdida, en la bajada por los peldaños de la construcción desecante de las grietas creativas por cuyos vacíos se rellenan los espacios cooptados por la esterilidad inocua de la asimetría generacional.

### Toponimia y alteridad. Búsquedas irresueltas de reconocimiento

Como bien lo aseguró Ricoeur (1997) el lenguaje dice nuestro ser en el mundo. Al nombrar se ejerce una voluntad de poder sobre las cosas, se inscriben distancias y acercamientos en una dinámica polar en virtud de la filiación emocional del observador. La ciudad, en su constitución toponímica, no es más que un mero texto en que se registran la memoria y los sucesos cuyas intervenciones en la historia permean la proliferación de fantasmas, de leyendas y de ritualizaciones (Certeau, 1986).

Las calles acaparan un sin fin de figuras literarias que renuevan con el barniz de la imagen las fachadas desgastadas de la inacción, del sosiego. Al farfullar nominaciones este segundo relato es tanto más etéreo cuanto menos se detiene a rumiar, en la medida en que no describe sino para poner sobre el tapete la exhortación del pecado, del vestigio contestatario que refulge en la sexualidad.

Sublime y llena de materia la urbe acuña una extensión corporal que funge como la razón primigenia de un acto del deseo. La otredad es el sí mismo. La ciudad trata, paradójicamente, de introducir en sus fauces grisáceas a la diferencia; es la lógica de lo otro y de lo mismo llevada al paroxismo incisivo de la negación. Frente a esta escisión la identidad narrativa es dinámica; en su ipseidad abierta e inacabada, ávida de creación, conlleva un imaginario social instituyente voraz de necesidad acumulativa de oportunidades trascendentales de mutabilidad.

Carne e idea se entremezclan; modos de extensión y modos de pensamiento construyen los atributos urbanos cuya sustancia se derrama sobre un éter semejante de indicios cinegéticos. Uniones simbólicas y continuidades ideológicas se anteponen al cambio. De ahí que las relaciones de fuerza propias de los enunciados se inmiscuyan en la función proyectiva del imaginario (Bajtín, citado por Martínez, 2001).

Y, si bien es cierto el aporte de Castoriadis (2008) en el que las mónadas psíquicas se hacen irreductibles a lo social-histórico, el reconocimiento es una reivindicación que todavía, so pena de impertinencia, no haya un lugar efectivo en Bogotá. Por otro lado, si “[...] seguir un relato es actualizar de nuevo el acto configurador que le dio forma” (Ricoeur, 2006, p. 16), es menester percibir lo semejante por medio del episodio que Aristóteles enarboló, la metaforización, como la percepción por antonomasia (Ricoeur, 2002). Este relato, preñado de lenguaje literario, es una afronta a la moral, un llamado a la exhibición del deseo y un sojuzgamiento inverso a la demarcación de los espacios sociales legítimos para la catarsis de las pulsiones.

### Entre el legalismo y la reivindicación, las proscripciones del hacer

Unos conjuntos de actividades consustanciales al sostenimiento vital se expresan en el tercer relato. La ciudad se presenta como el escenario idóneo para la acción racional con arreglo a fines, pero asimismo, sin increpar el sustrato moral que se extiende sobre el suelo urbano, la acción orientada emocionalmente y la que se dirige tanto por los valores como por la tradición también logran ocupar un nicho de existencia socio-cultural. De hecho, al estar mediada simbólicamente, la práctica con significación económica acopia, recoge, matices de virtud. Si se

ejerce empero cualquier viso de actuación que diezme la voluntad ecuánime del intercambio, de inmediato abundan las respuestas en clave de desaprobación.

Mientras se trate de una emulación de los juegos del lenguaje, sean estos constitutivos o regulativos, el discurso precede a la acción, sobre todo si hay un ámbito de experiencia socialmente compartido. El joven que construyó esta narrativa apeló al sentido según el cual la urbe es el garante vital de la potencia que conmueve a los objetos y a los sujetos. En este actuar y en este padecer de la cotidianeidad regida por la estructura informal del trabajo se auscultan los vericuetos inmanentes a la dinámica lúdica de la sociedad urbana. Aquí es explícita la referencia a Ricoeur (1997) cuando mencionó que el relato refleja el acicate agresivo y subversivo que se halla en el mundo literario respecto al orden social.

Al igual que sucede en las dos anteriores, se resimboliza la acción en esta última parte del corpus, que pese a estar imbuida de la interpretación moralista de las circunstancias económicas, hace parte del sí cultural y de los artificios que le sirven de bastión. Subyace, por tanto, un imaginario de corte funcional-deontológico simbólicamente orientado a la supresión del acto ritual del trabajo, para ello la policía. Si se retoma la teoría de la función triple del magma de significaciones imaginarias (Castoriadis, 1997a), se encuentra que una de sus aristas designa a las finalidades de la acción. Y así se evidencia que, en la prohibición, en la denegación de la actividad productora informal, la intención del relato está rotulada por la discordia entre el derecho de uso y apropiación del espacio y la escasez material.

### INTERSTICIOS ANALÍTICOS. UN PUNTO DE PARTIDA IMAGINARIO ORIENTADO AL SENTIDO

Hasta aquí, se abordaron las tres narrativas que componen el corpus presentado en la primera imagen, con una referencia frecuente a la red semántica ya expuesta, para entrever en el sentido una direccionalidad reiterada por parte de los demás ejes. La ciudad encontró un sitio interesante en el magma de significaciones imaginarias sociales de los jóvenes escritores de relatos ficcionales. Entonces, la relación silogística que brotó de la interpolación de las categorías de la segunda imagen, a saber, narrativa-imaginación-ficción, en la que la vida cotidiana tiene un considerable aporte práctico, permite establecer puntos de entrada a la reflexión analítica. Unas junturas espaciales y su balcanización en el orden del discurso narrativo juvenil, son las cúspides visibles de un fenómeno urbano que se pretende indeterminado, desconocido.

No hay que desentenderse de las vicisitudes propias de la urbe, pues si bien ésta es un imaginario en sí misma, se solidifica alrededor de las narraciones y de las imágenes que se proyectan hacia ella. En otros términos, una lógica de reciprocidad dialéctica, fue, sin la pretensión de allanar definitivamente la comprensión hermenéutica, el aliciente explicativo cuya aparición significó un lugar de probabilidad interpretativa.

Si el sentido es contextual e intertextual, apila las redes conformadas por personas, por objetos, por agencias y por instituciones a la manera de un sistema complejo, autopoietico, que tiene similitudes con la teoría del actor-red; hay que revisar este tipo de planteamientos para acendrar las cavilaciones tendientes a la elucidación de la dinámica juvenil urbana. Por ello hay que hacer alusión a un principio que se encontró por encima y por debajo del presente escrito. Es decir, que máxime de su connotación textual, la acción social se fija en la historia y es una malla abierta o cerrada, entre la mecánica física y el sentido histórico, dependiendo de su orientación a figuras arquetípicas culturalmente elaboradas en la ciudad.

El cuerpo es inamovible, permanece en las inscripciones atemporales de los documentos; así los textos imponen figuraciones, son autónomos y con un alto sentido de apertura dialógica compelida por la incertidumbre y el azar. Hay que avalar al sentido como un estar en ninguna parte, como un aspecto cultural que concierne a la autorrepresentación de la sociedad y como un ámbito que es participable por los individuos (Castoriadis, 1997a).

Por consiguiente, esta conclusión se divide en tres líneas ondulatorias que se afectan entre sí, que se sostienen en razón de su compenetración. En primer lugar todo lo relacionado con el símbolo como invitación a la legibilidad urbana. En segundo lugar el sentido a la manera de posibilidad emergente de comprensión. Y, finalmente, la ciudad y su necesaria imbricación al interior del imaginario colectivo creador.

Con el símbolo la interacción social encuentra el cemento fundamental para componer un cosmos urbano lleno de acciones significantes, irreversibles, que se emplazan en el sintagma de la ciudad. Dado que la experiencia cotidiana fue el embrión de los discursos ficcionales, en la transparencia de un mundo circundante abierto a la repetición, pero también a la versatilidad móvil de la urdimbre cultural, se transfirió a la imagen la prefiguración de la realidad. Los jóvenes escritores no desconocen los acontecimientos, sino que, con el fin de introducirlos en un nuevo campo de visibilidad, invitan a la estimación de la diferencia para no incurrir en el enclaustramiento del deseo, de la transgresión creadora.

De todo esto se puede asegurar que las ciudades ponen en juego múltiples maneras de estar ahí, de habitar los pluriversos intersubjetivos que dotan de ficción a la práctica del tiempo. Y es en esta pragmática de la acción, donde triunfa la legibilidad sobre la turbiedad, que el carácter simbólico de la vivencia cobra una autonomía representacional útil, una apertura pública (Ricoeur, 2013). Sin embargo, es prudente horadar esta afirmación con un cuestionamiento que sirve de intersticio a las meditaciones interdisciplinarias, en el que es imprescindible poner en suspenso la exacerbación isonómica de las polis.

Por otra parte ya se mencionó que el sentido se mueve entre la determinación y la indeterminación. Según Castoriadis (1997b), cuando la sociedad ofrece un rumbo hace lo que quiera con la psique, le provee luminosidad a la bifurcación establecida entre la autoproducción y las voliciones subjetivas, hallando tramas de continuidad creadora; es un proceso en el que el imaginario instituyente trabaja con perseverancia al imaginario instituido.

Esto se refleja en la complementariedad entre ideología y utopía; el símbolo se aferra al sentido dándole inteligibilidad. En consecuencia, el mundo de las sombras de las cosas es duradero, mientras que los objetos se degradan (Buenaventura, 1995). O sea que no es la ciudad en su extensión material la que aboga por la ficción sino el tejido de sus imágenes elaboradas desde el pensamiento. La cultura le transfiere orientación y valor proyectivo a la urbe; consecuentemente se rebosan de aspiraciones a los relatos. Se hace y se rehace el mundo de lo humano en la literatura.

En vista de lo anterior es importante repensar las escansiones que se estipulan entre la infancia y la vida adulta, porque se construyen proyectos de identidades y de historicidad en las juventudes pese a la focalización de crisis que se muestra en sus relatos. Tampoco hay que olvidar que la imaginación humana está regulada (Ricoeur, 1997). Es en ese control, empero, donde las ficciones son aplicadas por un acto narrativo empapado de posibilidades reales de discernimiento; hay que brindarles primacía a las acciones mediadoras. Incluso, en la valía de los ejercicios endopáticos de transferencia imaginaria, se baja hasta los zócalos profundos de los significados producidos por una conciencia diferente.

De ahí que, como bien lo recalcó Pardo (2013), quien enuncia y quien recibe instauran el sentido. En la conversación de orientaciones cotidianas, se colocan en los mismos estantes de posibilidad los senderos que tienden a conformar un marmágnum de sentidos juveniles; la ciudad, aunque fragmentada, se llena de ucronías y se impele de ideologías que, para colmo, se hilvanan con la historia, con la percepción corporal y con el deseo (Silva, 2006).

Para finalizar estas conclusiones relacionales, aunque contagiadas por el sello crítico de la lectura intertextual, la urbe se presenta como un imaginario. Así pues, en concordancia con lo que ya se expuso, imagen y palabra dialogan; espacio y ficción narrativa cotidiana se entrecruzan en el terreno fértil de la imaginación social del tiempo juvenil. La identidad temporal, en efecto, se instaura en lo que Javeau (2000) denominó los lugares de memoria indexicales; el significado se repliega en los relatos y adquiere connotaciones específicas para segmentos reducidos de la población urbana.

Pero, en esta experiencia contemporánea donde el sentido recula hacia el desarraigo, es menester hacer hincapié en las funciones vividas de la ciudad, para hacer del *eidos* la definición del *telos*, para que éstos se invistan de sentido y de imaginación, para que el cálculo de los óptima no funja como el principio racionalitario de planeación urbana; hay que derribar las ilusiones ideológicas que ocluyen la creación narrativa de los jóvenes. Tomando un planteamiento de Castoriadis (2008), se puede agregar que la sociedad urbana se instituye en y por la

representación, el afecto y la intención, cuyas correspondencias pueden contribuir de manera ingente a la configuración de espacios sociales urbanos rebosantes de vitalismo, de alteridad y de apertura.

Con todo, la función integradora de la ciudad, pese a presentarse como disenso en la narrativa juvenil, enarbola el consenso de un lugar agreste, excrementicio, pero al mismo tiempo lleno de oportunidades, de acciones por realizar; la utopía se explaya sobre el maderamen urbano constituyendo exterioridades temporales, proyectos sociales en gestación. En otras palabras, Bogotá está instituida, pero es instituyente en tanto que en sus sedimentaciones se auscultan posibilidades, creaciones, esperanzas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Buenaventura, N. (1995). *La importancia de hablar mierda o los hilos invisibles del tejido social*. Bogotá, Colombia: Cooperativa editorial magisterio.
- Castiblanco, A. (2006). Espacios de imaginarios, imaginarios de espacios. En L. Jiménez (Comp.), *Región, espacio y territorio en Colombia* (pp. 277-290). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Castoriadis, C. (1994). Tiempo e imaginación. *Zona Erógena*, 18(1), 1-7. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/37938260/Castoriadis-Cornelius-Diez-Articulos>
- Castoriadis, C. (1997a). *El avance de la insignificancia*. Buenos aires, Argentina: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Castoriadis, C. (1997b). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena*, 35(1), 1-9. Recuperado de <http://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata, Argentina: Terramar.
- Certeau, M. (1986). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- Javeau, C. (2000). *Lugares de memoria individuales y estructuración de las interacciones. Acerca de los síndromes de Lamartine y de Proust*. En A. Lindón (Comp.), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*. Buenos Aires, Argentina: Antrophos editores.
- Martínez, M. (2001). La dinámica enunciativa: la argumentación en la enunciación. En M. Martínez (Comp.), *Aprendizaje de la argumentación razonada. Desarrollo temático en los textos expositivos y argumentativos* (pp. 11-28). Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Pardo, N. (2013). *Cómo hacer análisis crítico del discurso. Una perspectiva latinoamericana*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, BIBLORED. (2017). *Bogotá en 100 palabras*. Bogotá, Colombia: Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte.
- Ricoeur, P. (1997). Hermenéutica y semiótica. En G. Aranzueque (Comp.), *Horizontes del relato: lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*. Madrid, España: Universidad Autónoma de Madrid.
- Ricoeur, P. (2002). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, P. (2006). La vida: un relato en busca de narrador. *Ágora*, 25(2), 9-22. Recuperado de <https://minerva.usc.es/xmlui/bitstream/handle/10347/1316/Ricoeur.pdf?sequence=1>

Ricoeur, P. (2013). La hermenéutica y el método de las ciencias sociales. *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, 34(109), 57-70. Recuperado de <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/1875/1995>

Silva, A. (2006). *Imaginario urbano*. Bogotá, Colombia: Editorial Nomos.